

## CORBATAS DE LENGUAJE

Carlos M. Moreno

UNIVERSITAT RAMON LLULL

*Este artículo es un recuerdo personal de don José M<sup>a</sup> Valcerde Pacheco (1926-1996), profesor titular de Estética en la Universidad de Barcelona. Incluye sus diversas facetas como profesor, poeta y su compromiso con su trabajo y con la vida. El artículo es una breve introducción al hombre y al poeta. Los lectores encontrarán un punto de vista personal sobre el que se considera uno de los mejores intelectuales españoles de la segunda mitad de este siglo.*

---

191

*Rodean el altar de la palabra,  
hechos todos la misma vehemencia;  
-sabiendo que se esconde a su nombrarle-,*

*quién lanzando su piedra por el lago  
de la cueva sin eco, a ver si escucha  
otra voz -sin oír cómo responde  
el zumbir de la sangre en los oídos-,*

*quién, nervioso, maniaco, probándose  
corbatas de lenguaje, acariciándolas,  
quien en pura mirada de rumiante  
dando cuenta de cielo y de las nubes...  
(Los colaboradores)*

### 1. EL TRAZO HUMANO.

En estas breves líneas dedicadas a la persona y obra de don

José M<sup>a</sup> Valverde Pacheco, no he querido dejar de lado, un esbozo de su enorme humanidad, a mi entender, su dimensión más veraz. Este trazo es, sin duda alguna, personal. No podía ser de otro modo porque responde al José M<sup>a</sup> Valverde que, en diferentes momentos, pude tratar. Desde su fallecimiento, distintas voces e iniciativas, en lugares repartidos por todo el país, han ido recordando a un hombre que fue dejando una impronta indeleble allí por donde pasó. Otros, quizás sus más íntimos, guardan todavía un respetuoso silencio.

En mis años de vida, he conocido muy pocas –poquísimas– personas que tuvieran la talla humana y, a la vez, intelectual de don José M<sup>a</sup> Valverde. En él se conjugaban unas cualidades poco frecuentes. Fue un hombre bueno, buenísimo, en el sentido (más) machadiano –su poeta tan querido– del término. Su bondad era exquisita como, también, lo era su amabilidad: siempre atento, delicado, afectuoso. Acompañaba su decir con gestos suaves<sup>1</sup> y miradas profundas. Escucharle era un regalo para el oído. El tono de su voz preci/o/so, melodioso, pausado... entraba, dulcemente, saciando cualquier curiosidad. Aunaba a su extrema bondad, su sabiduría, desde la humildad, sin presunción alguna. Acompañado de una finísima ironía que destacaba, aún más, su gran inteligencia, la misma que en sus años de lector joven en Roma ya apreció Guillén en él: *"Quien está sirviéndome muy bien es Valverde, muy buen muchacho, poeta sin duda alguna, y a la vez, de una inteligencia y cultura sorprendentes. Claro que se le nota la influencia de la España que le ha tocado en suerte. ¡Mala suerte la suya, la nuestra, la de todos! Valverde es, en suma, un caso de gran precocidad"*<sup>2</sup>.

## 2. EL PROFESOR.

Si mi hicieran nombrar algún maestro consideraría a don José M<sup>a</sup> Valverde como "mi" maestro aunque, sin duda, él hubiera rechazado esta condición. Primero, por confusión con El Maestro y, segundo porque, en su exquisita discreción, huía de cualquier

<sup>1</sup> Daniel Giralt-Miracle escribió en "Cartas al Director", *El País*, 14 de Junio de 1996, una hermosísima carta, *Las manos de Valverde*, que yo suscribiría entera. Giralt-Miracle escribía, entre otras líneas: "El profesor Valverde enriquecía su apasionado discurso literario y filosófico con su voz, con su ademán, con su experiencia profunda y cálida y sobre todo con sus manos. Una parte importante de su capacidad pedagógica y comunicativa nos era transmitida por el movimiento y las cadencias de sus manos que apostillaban o redondeaban sus siempre inteligentes ideas".

<sup>2</sup> P. SALINAS/ J. GUILLEN, *Correspondencia (1923-1951)*, Barcelona, Tusquets Editores, 1992, p. 585.

presunción. Diré entonces, por respeto, el profesor Valverde. ¡Qué excelente profesor! Sus clases eran pura delicia. Mantenía en vilo nuestro interés desde el primer minuto hasta el final. Desgranaba los temas y autores con una fluidez prodigiosa, como si se estableciera una conversación entre él, ellos y nosotros. De vez en cuando, lanzaba interrogantes inquietantes para agitar nuestras certezas. Como aquel día que, como el que no quiere (sic) la cosa, nos preguntó: "¿Cuándo un cuadro está acabado?" (¿Como Mairena con sus discípulos?) ¡Menudo follón se armó! Consiguió, de veras, alterarnos. A cada respuesta nuestra, un matiz suyo; a cada contestación segura, una duda. Así, durante más de una hora. ¿La respuesta "definitiva"? Una lección magistral, en la sesión siguiente, sobre uno de los lienzos más sorprendentes: *Las Meninas* de Velázquez. Seguido, además, de un paseo por el Prado con Eugeni d'Ors. Lo dicho: pura delicia para el espíritu. Y él, el profesor Valverde, entraba en sus clases de Historia de la Filosofía:

*Entro en el aula, empiezo a hablar a un ciento  
de caras mal despiertas: por un rato  
sobre sus vidas, rígido, desato  
cumpliendo mi deber, el frío viento*

193

*del Ser y de la Nada, de la Idea  
y la Cosa; la horrible perspectiva  
de vértigo que se ha hecho inofensiva,  
espectáculo gris, vieja tarea.*

*Si alguno, casi inquieto, se remueve,  
los más sueñan, o apuntan, o hacen ruido.  
Pero basta: es hora ya. De nueve  
a diez, vieron el Ser, ese aguafiestas;  
prosigan su vivir interrumpido:  
yo vuelvo a mi silencio sin respuestas.*

(Historia de la Filosofía)<sup>3</sup>

Algunos más osados, en concreto fuimos cinco, queríamos "más" y, ni cortos ni perezosos, fuimos a su despacho a pedírselo: —"Don José M<sup>a</sup>, ¿sería posible dedicarnos alguna hora, que a usted le vaya bien, para profundizar en alguno de los temas del curso?"

---

<sup>3</sup> J. M<sup>a</sup> VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 153.

Y, para nuestra sorpresa, nos dijo que sí. (Más adelante nos enteraríamos que también lo había hecho, en cursos anteriores, con otros estudiantes). Pero nos propuso, en vez de tratar algún tema del curso, que hiciéramos una lectura conjunta del *Juan de Mairena* de Machado. Aquellas sesiones los Viernes a las doce, nos abrieron un universo entero. Cuando acabamos el curso seguimos yendo a su despacho; cuando acabamos la Universidad, lo fuimos a escuchar siempre que pudimos. Leímos todo lo suyo que estuvo a nuestro alcance, *como* si le estuviéramos escuchando<sup>4</sup>, porque en sus libros reconocíamos su voz. Empezamos de tanto en tanto, por no molestar, a visitarle a su casa. El magisterio seguía... Ahora, desde su fallecimiento, lo leemos y releemos, ávidos por encontrar algún resquicio, algún ignorado aspecto que nos traiga, de nuevo, su presencia. Curioseamos aquí y allá, por conocer lo que otros sabían de él, por averiguar si su trazo se corresponde, o no, con el nuestro.

### 3. EL POETA.

Don José M<sup>a</sup> Valverde escribió poco. Y si los libros fueran medida de la sabiduría de una persona como, en ocasiones, equivocadamente pensamos en este país, tendríamos mucha más obra valverdiana. En este sentido, fue algo inglés.<sup>5</sup> Podría, si hubiera querido, ser un autor más prolífico, sabiduría, desde luego, no le faltaba pero estoy seguro que no quiso. La conciencia acerada del lenguaje, agudizada con los años, le condujo a una justa y precisa medida de las palabras. Pero disfrutamos, sin duda, releando sus poesías, ensayos, artículos... y tan sólo estamos esperando una edición crítica completa de su obra que, sabemos, Trotta está preparando. Valverde hacía suya la máxima clásica de *instruirla deleitando*<sup>6</sup>

---

<sup>4</sup> Norbert BILBENY, en un número dedicado a Valverde por la revista *El Ciervo*, nº 541, abril de 1996, escribió un artículo, "La literatura como vida", en el que decía: "A mí, siempre me ha parecido, pura ilusión, que Valverde escribe como si hablara, atento a la entonación, los silencios y hasta la muela de ironía o de asombro que el lector tiene que adivinar del autor de las palabras" (p. 15). A mí, me parece que Valverde escribía como hablaba.

<sup>5</sup> J. L. GIMENEZ-FRONTIN, *Woodstock Road en Julio. Notas y Diario*, Pamplona, Pamiela, 1996, p. 69: "Otro plano de la memoria también se hace presente, y sonrío a solas con delectación: el recuerdo del maestro de intervenciones breves y destellantes, temidas por los ponentes invitados, esperadas por todos, en el seminario de postgraduados de la Tayloriana. (Al ex-rector de una universidad española: "En toda una vida académica, un profesor de Oxford con plena dedicación apenas si consigue ultimar como promedio una docena de estudios. No es su caso, en verdad prodigioso. Usted lleva ya publicados más de cuatrocientos trabajos. Permítame transmitirle mi admiración más perpleja").

<sup>6</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 201.

y, sin duda, lo conseguía. Pero, como él mismo, dejó escrito: "...*el centro, o raíz, de todo lo que he escrito está, desde mi adolescencia, en la poesía...*"<sup>7</sup>. El quiso ser, ante todo, poeta y como Guillén escribió a Salinas, fue "poeta sin duda alguna". De todas sus facetas como profesor, ensayista, traductor, poeta... estoy convencido que considerarle poeta es lo más preciso. ¿Por qué? Primero, porque era ésa su propia intención. En Valverde había un decidido afán de ser poeta. Que otros le consideraran mejor traductor que poeta; mejor ensayista que poeta, o mejor profesor que poeta era... un asunto de la apreciación de los demás que, poco o nada tenía que ver con él. Valverde quiso ser poeta y además, junto a poeta, cualquiera de sus otras facetas. Pero su voluntad expresiva, insisto, fue la de ser poeta. En la poesía encontraba la vía para expresar lo más hondo de sí mismo. La poesía no era más que "*la obtención de poemas*"<sup>8</sup>, unas cuantas palabras musicadas de manera clara y sencilla, danza de algún recuerdo, regalo para quien quisieras escucharlas:

*¿Puede haber versos sin recuerdos,  
sin hablar desde el peso de un ayer?  
Como sea, aun con voz rota y ajena,  
a ese deber no escaparé.*<sup>9</sup>

195

*porque mis versos  
los regalo de balde, a ver si hay quien los quiera.*<sup>10</sup>

Entre su deber como poeta y el libre ofrecimiento de sus poemas para quien quisiera escucharlos, fue hilvanando, con el paso de los años, una obra poética que acabaría recogida bajo el título genérico de *Poesías Reunidas*.<sup>11</sup> Para esta edición, Valverde dejó muy claro en una nota editorial cuál era su propósito: "*Poesías reunidas, 1945-1990: bajo este título incluyo las poesías que sigo queriendo ofrecer al lector,*"<sup>12</sup> al cabo de estos años –cosa diversa de unas

<sup>7</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 11; J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, "Para una autobiografía espiritual": *Qüestions de Vida Cristiana*, n<sup>o</sup> 145, (1989), p. 20.

<sup>8</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 109.

<sup>9</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas, Otro Cantar*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 233.

<sup>10</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas, Carta a Luis Rocha, en Nicaragua*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 272.

<sup>11</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, pp. 281.

<sup>12</sup> El subrayado es de quien suscribe este artículo.

<poesías completas>, que no pienso publicar nunca-. Aquí está, ante todo, lo que ya apareció como *Enseñanzas de la edad* (1945-1970), esto es, los siguientes libros –un tanto aligerados de su contenido inicial, aunque con algún rescate de supresiones anteriores, pero dejando intacto el último de ellos-: *Hombre de Dios* (1945), *La espera* (1949), *Versos del domingo* (1954), *Voces y acompañamiento para San Mateo* (1959), *La conquista de este mundo* (1960) y *Años inciertos* (1970). Después está lo que apareció en libro como *Ser de palabra, y otros poemas* (1976). Finalmente, hay varios poemas no recogidos en libro”.<sup>13</sup> Como se puede apreciar, Valverde quiso reunir sólo aquellas poesías que quería seguir ofreciendo al posible lector. Pero un año antes tenemos, a mi entender, un dato revelador para conocer aquellas poesías que don José M<sup>a</sup>, probablemente, consideraba esenciales para ahondar en su obra poética. Ante la invitación de *Questions de Vida Cristiana* para “una suerte de autobiografía espiritual”, volvía a insistir en que “*me encuentre en que yo, para hablar de cuestiones importantes y personales, sólo suelo hacerlo en verso...*”,<sup>14</sup> al tiempo que apuntaba una serie de poemas para responder a lo que se le pedía. Los poemas escogidos por Valverde fueron: *Historia*, de la colección *La espera* (1949); *El pecado del lenguaje*, de *Versos del domingo* (1954); *El Dios robado* y *Paternidad* de *Años inciertos* (1970); *El Día del Perdón*, incluido en *Otros Poemas* (1990). Aunque sea sólo a modo de concisa presentación, me va a permitir el lector algunos versos escogidos de estos poemas, sin otro pretensión, por mi parte, que animar a su lectura completa.

Y él, humilde, iba aceptando.  
 Despacio, se resignó.  
 Comprendió que el latir mudo  
 del tiempo era también Dios.

(*Historia*)<sup>15</sup>

También de Ti, Señor, me he preservado  
 y me preservo ahora con nombrarte,  
 y aún más cuando Te rimo este pecado.

Vano fuera no interpretar mi parte;

<sup>13</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 8.

<sup>14</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, “Para una autobiografía espiritual”: *Questions de Vida Cristiana*, n<sup>o</sup> 145, (1989), pp. 20-26.

<sup>15</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 46.

*tal vez con la herramienta que me has dado  
de hablar, Te ganaré, para callarte.*

*(El pecado del lenguaje)*<sup>16</sup>

*Los de abajo, pisados, sudorosos,  
siguieron sin saber de la Palabra,  
sin llegarles la voz de Dios, a darles  
su Cuerpo, y más promesa y más derecho  
al ciego, al olvidado; algo que hiciera  
gozo de su dolor, luz, de su arrastre.*

*(El Dios robado)*<sup>17</sup>

*Con niños por medio, ya no hay modo  
de que sienta temor de Dios, que tiemble  
de aquel Yavhé del fuego y de la cólera  
que llenó mi niñez de escalofríos.*

*(Paternidad)*<sup>18</sup>

*¿Por qué, en la edad propicia a la memoria,  
no repaso el pasado a mi sabor,  
y mi imagen, al verla en otro tiempo,  
me inquieta, como el eco de mi voz?  
Y no es que crea ser mejor ahora:  
Tendrá que haber un día en que me pueda  
servir el vino, hablarme sin rubor;  
tendrá al final que haber quien me reúna  
en paz conmigo mismo en el perdón.*

*(El día del perdón)*<sup>19</sup>

---

197

Siguiendo la lectura de estos poemas, efectivamente, se urde una autobiografía espiritual (Siempre he creído que si a sus poesías reunidas añadíamos sus artículos,<sup>20</sup> conseguiríamos una visión de conjunto, bastante aproximada, de la obra valverdiana). Pero en el global de sus *Poesías reunidas* aparecen reflejadas una serie de temáticas a las que don José M<sup>a</sup> siempre hacía referencia tanto en sus versos como en su prosa. Destacaré las dos que, entiendo, son las

---

<sup>16</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 101.

<sup>17</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 193.

<sup>18</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 194.

<sup>19</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 276.

<sup>20</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo (1949-1993)*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, pp. 260.

más fundamentales: primera, la preocupación y ocupación por el lenguaje, desde su tesis doctoral dedicada a Humboldt hasta el silencio de algunos de sus poemas. La segunda, su compromiso vital.

#### 4. EL LENGUAJE.

La preocupación por el lenguaje se extiende a lo largo de toda la obra de José M<sup>a</sup> Valverde. Estaba convencido que la realidad primaria del hombre era el lenguaje, que lo que nos hacía hombres, era el lenguaje: *"...el lenguaje es nuestra realidad primaria, lo que nos hace hombres, y que las ideas y las cosas se configuran y organizan sólo en él y desde él. Y al decir el lenguaje, hay que entenderlo precisamente como este jueguito con trozos de material articulable en el tiempo, con un pequeño teclado de ruidos, gracias al cual se habla, se encuentran prójimos, y se tiene un mundo, compartido con los demás y ordenado según formas e ideas"*.<sup>21</sup> El lenguaje es, según Valverde, lo que nos hace hombres, nuestra verdadera condición humana. Así tenemos esa necesidad de contar, de -¿narrar?- lo que nos sucede. Relatamos una historia con los demás y construimos un mundo, nuestro mundo. El hombre, ser de lenguaje, sobre todo cuenta. También, si se quiere, una historia sagrada donde la Palabra deviene Humanidad para ser escuchada: *"El lenguaje, ante todo y sobre todo, cuenta: el cuento de Dios es la historia sagrada, en la que entramos -si queremos escucharla y hacerla nuestra- en expectación del final y culminación del relato, en que se termine esta manera de hablar que tenemos en el mundo y la historia, y entremos en otro lenguaje que, aún sin ser más que muy lejanamente conversación con Dios, ya no será tampoco esta palabra nuestra de ahora y de aquí, a la vez inexplicable don antinatural..."*.<sup>22</sup> Y como hombres narramos, hacemos literatura a través de las palabras que recorren el pensamiento, el oído y la boca antes de ser (d)escritas. Son las palabras las que (con)forman nuestro ser. La dificultad actual es que la palabra -¿el hombre?- ha quedado "devaluada": *"La palabra, sobre todo, ha quedado bruscamente devaluada: se puede decir todo, y no pasa nada, y no es nada"*.<sup>23</sup> Y, Valverde, tenía razón. El hombre actual, que consume desahoradamente palabras mezcladas con cataratas de imágenes, ha perdido el sentido más profundo de sí mismo. El ágora griego, triste-

<sup>21</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 103.

<sup>22</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 110.

<sup>23</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 97.



mente, banalizado a través de debates mediáticos, tertulias kakafónicas no agita la condición humana, al contrario, cada vez crea una madeja mayor de palabras inútiles, confusas, vacías que ponen al hombre contemporáneo en contra de sí mismo. Como señala Valverde, en referencia a Machado: "...Antonio Machado supo como nadie, y lo atestiguó con su vivir y su morir, que todo lo que se diga –salvo en lógica y en matemáticas– es más o menos verdad según quién lo diga, y a quién se lo diga, y en qué situación".<sup>24</sup> Es interesante anotar cómo el testimonio de una vida es lo que da certeza a una verdad. Será el hombre enfrentado a otro hombre, en un momento determinado, quien certificará la veracidad de las palabras. Casi todo lo demás suena, hoy en día, a espectáculo de masas anodadas ante pantallas abigarradas. El hombre, situado junto a otro hombre, nos da la justa medida de su palabra. O, quizás, la ausencia cada vez más presente de un silencio sonoro, recupere la palabra para el hombre, o lo que es lo mismo, devuelva el hombre a sí mismo. El valor de las palabras –ya no digo ni el significado o el sentido– ha quedado arrinconado. Si todas valen igual, –mejor, pesan lo mismo–, ¿cuál es el valor de cada una? Dependerá de quien las diga. ¿Será suficiente para aclararnos en este vértigo de verborrea incontenida?

199

Valverde insistía mucho en el oído: el saber escuchar a los demás, al Otro, a uno mismo..., atentamente, en silencio. La Gran Oreja es la que nos permite escuchar las palabras del interior, las palabras que nos quieren decir los otros. Tanto ruido externo nos aparta de la dimensión más profunda de nosotros mismos. Es muy conocida la circunstancia que Valverde estuvo muchos años sin televisor (si es que tuvo alguno, alguna vez) o pasaba al piso del vecino para alguna ocasión muy especial pero, sin duda, consideraba el aparato televisivo como un auténtico chorreo de palabras, la mayoría inútiles. La televisión con su flujo y reflujo de imágenes, adobadas con miles de vocablos vacíos de cualquier contenido, es el gran estruendo vociferante que nos impide escuchar al otro. En aras al entre-te-ni-miento, la información o el espectáculo, las personas se van empobreciendo sin remedio. La alternativa no es otra que el silencio: "*Las verdaderas obras, hijas del silencio, llevan consigo su propio silencio*".<sup>25</sup> El silencio sedante de una estancia callada, de una casa apenas sin ruido televisivo (porque se ha apagado el televisor), sin ruido radiofónico (porque se ha cerrado

<sup>24</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 173.

<sup>25</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 77.

la radio) o ausente el ligerísimo zumbido de un ordenado encendido. En cambio, un libro entre las manos, para escuchar otras palabras; una voz amiga con la que mantemos una conversación o el recuerdo rememorado de algunos poemas. Silencios que remiten a la palabra de otro, de otros, de nosotros mismos. Es el despertar a la conciencia del lenguaje la que nos pone en situación de alerta ante nosotros mismos y el mundo que nos rodea. En palabras de Valverde: "...la conciencia del lenguaje puede y debería llevar a la conciencia de todo".<sup>26</sup> En su caso, le llevó a un compromiso radical en/con su vida.

## 5. EL COMPROMISO.

Su radical compromiso que, equivocadamente, podría referirse a tres aspectos: espiritual, social y político. Y escribo, "equivocadamente", porque los tres surgían de una única persona que se situaba al lado del hombre, pero no de cualquier hombre, sino de los hombres menos favorecidos por la sociedad, impulsado por un cristianismo que le llevó a acciones políticas muy concretas: el suyo era un cristianismo de izquierdas. Siempre estaba al lado de los oprimidos, de los vencidos, de los sin-salida. Un hombre, intelectual como él, preconizaba la coherencia, la unidad entre la teoría y la acción. El intelectual -decía- debe comprometerse. Actitudes y acciones de/con compromiso. Por eso, como bien escribía, Fernández-Buey, "se llamaba a sí mismo comunista". Y para explicar este mundo que le preocupaba "...desde hace casi un cuarto de siglo, al pensar en los problemas de la sociedad humana, tiendo a adoptar el punto de vista de Hispanoamérica, convencido de que es ahí donde se decide el destino del mundo, y es ahí donde se ponen hoy día más al descubierto las grandes cuestiones del vivir o no vivir, de la justicia o la injusticia, para el planeta entero".<sup>27</sup> Siempre alienado con los desprotegidos:

Señores genios, basta: un intervalo:  
primero den a todos bocadillos,  
y cada cual, zapatos y juguetes  
al niño, y su jarabe al que esté malo.  
Cuando arreglen los casos más sencillos

---

<sup>26</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 115.

<sup>27</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 195.

volverán a su fiesta y sus cohetes.

(*Periódico de la Tarde*)<sup>28</sup>

Era su fe evangélica la que impulsaba su compromiso político y social. Hacía suya la dualidad en la que vive el cristiano por construir un mundo más justo, sabiendo que *"su ciudadanía última no es de este mundo"*.<sup>29</sup> Ser cristiano, en Valverde, no tenía nada de respuesta fácil, sino todo lo contrario era, más bien, la duda inquietante del misterio, de la sinrazón de la Cruz: *"Acaso el cristianismo nos sitúa más bien en una mentalidad no sólo dual, sino de incómoda paradoja, al hacernos pensar y vivir a la vez dentro del misterio, y aun, en términos paulinos, de la locura o la tontería de la Cruz, y, por otra parte, en la atención amorosa y solidaria hacia las menesterosidades del prójimo, buscando soluciones más racionales para la sociedad"*.<sup>30</sup> Por eso, quizás, su afinidad espiritual con Unamuno pero sobre todo con Kierkegaard al que volvía, una y otra vez, y al que releía, con deleitación, en los últimos meses de su vida. En el pensador danés veía la finesse de espíritu propia del cristianismo: *"—Ciertamente, ya Kierkegaard aclaró —desde el punto de vista cristiano— que el único legítimo <preámbulo de la fe> no es ninguna demostración racional, sino la desesperación. Pero se refería a la desesperación que va dentro de toda la existencia, y no a la producida por el fracaso personal; él hablaba de la desesperación que se manifiesta aún mejor en la felicidad completa, cuando no nos falla nada, ni dinero, ni salud, ni amor, ni ocio... En ese sentido profundo, no cuenta la coyuntura histórica, ni las esperanzas políticas y culturales, ni la buena o mala suerte personal. Pero ese planteamiento riguroso —seguramente el único cristiano—, es, en terminología del propio Kierkegaard, <religiosidad de tipo B>: normalmente, la religión de —<tipo A>— está hecha más a nuestra medida humana y mundana, y puede servir de paño de lágrimas, opio del pueblo, explicación tranquilizadora, ejercicio saludable y aun gimnasia conveniente"*.<sup>31</sup> Es interesante el punto de vista de Valverde porque, con Kierkegaard, nos acerca a una comprensión del cristianismo que, en muchas ocasiones, es incomprendida tanto por cristianos como por agnósticos o ateos. Suerte, o mejor, Gracias a Dios, que

<sup>28</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 161.

<sup>29</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 209.

<sup>30</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 210.

<sup>31</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo* (1949-1993), Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 139.

desde todos los frentes cuando *un* hombre se muestra como testimonio de una verdad es comprendido, también, por otros hombres despiertos. Uno de los discípulos más sobresalientes de Valverde, M. Vázquez Montalbán, en el día posterior a su fallecimiento, escribió, en una hermosísima columna -Valverde-, las siguientes líneas: "En la sociedad católica que se recuperaba del cainismo de la guerra civil, Valverde fue un agitador incansable desde su ejemplo de cristianismo dispuesto a construir una esperanza terrenal mediante la lucha social y cultural contra la dictadura y sus oligarquías corresponsables".<sup>32</sup> Y es que, a veces, el (cristiano) comprometido como Valverde alerta con su vida al hombre, a cualquier hombre que quiera escucharle, dejando tras de sí los resultados de un compromiso fe( )haciente. En palabras del propio Valverde: "*Estamos dentro de esa locura que es la fe cristiana -locura por parte de Dios y por parte nuestra-, en una entrega a la que -reconozcámoslo- siempre somos reacios; en una oscuridad donde nunca sabemos hasta qué punto somos <creyentes> -según nos llamamos con tanta facilidad-, ni aun quién es creyente de veras ante la mirada y el oído de Dios*".<sup>33</sup> Valverde, siempre respetuoso, ante las opiniones o creencias de los demás -estuviera de acuerdo con ellas o no-, con toda probabilidad, tendría presente la indicación evangélica: "Y no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados" (Lc 6, 37). Valverde, que sabía de la limitación humana, -la que nos hacía propiamente humanos-, creía en el perdón, en el juicio del Amor que a todos consumiera en Su fulgor. A pesar de las astucias de la sinrazón, a pesar de que conocía la desazón de su propia humanidad, Valverde creía que llegaría *El día del perdón*:

*qué, ante los que viven desangrando  
al prójimo, no acierto a alzar la voz,  
por más que estudie atento las astucias  
de su arte, y su saberse dar razón?  
Mucho tengo y tenemos compartido  
con ellos en el propio corazón:  
tendrá que haber un día en que nos juzguen  
a todos y nos quemén en amor;  
tendrá al final que haber quien nos reúna*

<sup>32</sup> M. VÁZQUEZ-MONTALBÁN, "Valverde", *El País*, Junio de 1996.

<sup>33</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *El arte del artículo (1949-1993)*, Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1994, p. 212.

*a todos en un fuego de perdón.* <sup>34</sup>

Francesc Arroyo escribió de Valverde, con acierto, que era "el hombre que amaba la palabra",<sup>35</sup> pero creo yo que Valverde fue un poeta que amó con ternura, desde el asombro, a los hombres, seres de palabra, su ineludible condición.

#### Abstract

This article is a personal memory of don Jose M<sup>a</sup> Valverde Pacheco (1926-1996), full professor of Aesthetics at the University of Barcelona. It contains his several dimensions as professor, poet and his compromise with his work and life. The article is a brief presentation of the man and the poet. Readers will find a personal point of view about who is considered one of the best Spanish intellectuals at the second part of this century.

---

<sup>34</sup> J. M<sup>a</sup>. VALVERDE, *Poesías Reunidas*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 276.

<sup>35</sup> F. ARROYO, "El hombre que amaba la palabra", *El País*, 7 de Junio de 1996.